



Ilustración: Camila Cruz



La bota perdida

Sofía Antonia Santander Pinto

Cuando vives en el campo aprendes a que no todas tus aventuras pueden ser buenas. Algunas aventuras pueden terminar tan bien que te marquen de por vida; en cambio, otras pueden terminar tan mal que el susto que pasaste en esos pocos minutos no lo podrás olvidar jamás. Eso nos pasó a mi hermano y a mí justo hace unas semanas.

Era un día normal, había salido el sol después de dos días de lluvia. Mi hermano Ignacio y yo salimos a jugar, muy contentos de al fin poder tener un poco de sol; aunque al poco tiempo nos aburrimos, ya que habíamos probado de todo un poco. Pero luego se nos ocurrió ir a nuestro bosque secreto. Le dimos una vuelta entera y llegamos a un pedazo de plumavit que tenemos para que cuando llegue diciembre podamos pasar al otro lado de la cerca a cosechar calafates.

Los dos nos miramos y decidimos pasar al otro lado. ¡Ojalá nos hubiéramos dado cuenta de que esa decisión fue la más tonta de nuestras vidas! Yo me paré primero en la plumavit, puse una mano en la cerca y pasé una pierna. Cuando llegué al otro lado, ayudé a mi hermano a pasar; casi rozó su pierna en el alambre de púas. Y cuando llegó al otro lado, teníamos que decidir si seguir con esto o no.

Nosotros decidimos seguir adelante; ahora nos tocaba resolver una de las cosas menos importantes según nosotros: ¿adónde iríamos? Nosotros solo conocíamos dos caminos, el primero era seguir hacia adelante hasta un pequeño pero hermoso lago donde hay nenúfares y poáceas. El segundo era un camino rodeando la laguna, pero teníamos que pasar por una acequia en la que había que saltar más o menos un metro, o pasar por una cosa de plástico, pero para eso, había que atravesar por un pequeño lugar con barro que parecía que traía mucha agua.



Pero queríamos probar algo nuevo, así que fuimos hacia la casa de un vecino, pero siempre del lado de la cerca, hasta que en una parte había un tronco alto y cuando mirabas para abajo, había mucho barro deforme por las pisadas de las vacas que a veces llevaban a pastar. Con mi hermano dudamos un poco si bajar o no, pero al final nuestra curiosidad y nuestra sed de aventura nos impulsaron a bajar, o más bien, saltar hacia el barro.

Al principio todo iba bien, el barro apenas se nos pegaba en las botas, así que no nos preocupamos mucho. Pero casi al llegar al final de esa hectárea de barro, mi hermano Ignacio se quedó atascado. Yo al principio pensé que podría salir solo, pero pasó un minuto y mi hermano aún seguía atascado; aquí yo ya me asusté un poco, pero fue lo mínimo, así que fui a sacarlo, pero cuando llegué a su lado y lo logré sacar, ¡ahora yo estaba atascada!

Aquí ya me asusté un poco más, pero igual tenía que ayudar a mi hermano, y contagiarle ese nerviosismo no serviría para nada más que para crear caos, así que le dije que se fuera a la orilla donde había un pequeño árbol torcido y donde estaba mi gata La Copita. Yo seguía atascada y aunque intentara salir con fuerza, no servía para nada, hasta que se me ocurrió la idea de tirar hacia arriba mi bota con mis manos.

¡Y me funcionó! Yo aquí me tranquilicé un poco más, pero cuando saqué esa bota, mi otra bota se había quedado atascada. Intenté de nuevo mi técnica, pero para que mi otro pie no se quedara atascado, lo afirmé en un pequeño tronco que estaba a mi lado. Cuando pude salir, mi expresión de felicidad cambió a una de fastidio, ya que mi hermano de nuevo había quedado atorado en el barro.

Cuando lo logré sacar y llegamos al árbol, solo nos quedaba pensar una cosa, ¿qué íbamos a hacer para volver? Los dos pensamos unos minutos y yo me di cuenta de que la única salida era devolvernos por el barro. Yo quería descartar esta idea de inmediato, porque sabía que nos íbamos a quedar atrapados el barro de nuevo. Pero al pensar lo bien, esa era nuestra única salida, así que volvimos a meternos al barro.



Pero al volver a entrar nos quedamos estancados en el barro de nuevo, y cuando conseguimos liberarnos, nos quedamos atrapados otra vez. En este punto, yo ya quería llorar, tenía miedo de quedarnos ahí estancados para siempre. ¿Cómo era que nos habíamos quedado atrapados de nuevo? Después de pensarla un poco, decidí salir de ese barro, así que, armada de valor, me arremangué las mangas y metí las manos en el barro; así logré liberarnos de nuevo, pero uno de los pies de mi hermano se había quedado tan estancado que solo salió su pie y su bota se quedó allí en algún lugar, enterrada en el barro.

Para cuando me di cuenta, el hoyo de donde había sacado el pie de mi hermano se había cerrado, aunque busqué y busqué, no encontré la bota, así que decidí salir de ahí con mi hermano. Al volver a nuestra casa, íbamos con la cabeza baja y con la expresión de derrota más conmovedora del mundo; también íbamos con todo lleno de barro, desde las manos hasta las botas. Mi mamá al vernos primero se rió, pero al vernos tan deprimidos nos preguntó qué nos había pasado; con el solo hecho de decirle que habíamos pasado al otro lado de la cerca, su expresión de risa se borró y su cara de enojo nos dio ganas de llorar.

Entramos y nos fuimos directo al baño a ducharnos, y mientras nos cambiábamos, nos llegó un reto muy grande. Ahora, cuando recordamos esta anécdota nos reímos, e incluso decimos que una vaca va a encontrar la bota de mi hermano y se la va a poner, pero nunca nos vamos a olvidar del susto que pasamos esa mañana.

A veces hay anécdotas buenas y malas, pero lo importante es que siempre puedes aprender de ellas.

Sofía Antonia Santander Pinto

11 años

Aysén

Tercer lugar regional